

por una parte y mirmidones y aqueos por otra, cerraron las falanges, vinieron a las manos y empezaron a pelear con horrenda gritería en torno del cadáver. Crujían las armaduras de los guerreros, y Júpiter cubrió con una dañosa obscuridad la reñida contienda, para que produjese mayor estrago el combate que por el cuerpo de su hijo se empeñaba.

En un principio, los teucros rechazaron a los aqueos, de ojos vivos, porque fue herido un varón que no era ciertamente el más cobarde de los mirmidones: el divino Epigeo, hijo de Agacles magnánimo; el cual reinó en otro tiempo en la populosa Budío; luego, por haber dado muerte a su valiente primo, se presentó como suplicante a Peleo y a Tetis, la de argentados pies, y ellos le enviaron con Aquiles a Ilión, abundante en hermosos corceles, para que combatiera contra los troyanos. Epigeo echaba mano al cadáver cuando el esclarecido Héctor le dio una pedrada en la cabeza y se la partió en dos dentro del fuerte casco: el guerrero cayó boca abajo sobre el cuerpo de Sarpedón, y la destructora muerte lo envolvió. Apesadumbróse Patroclo por la pérdida del compañero y atravesó al instante las primeras filas, como el veloz gavilán persigue a unos grajos o estorninos; de la misma manera acometiste, oh hábil jinete Patroclo, a los licios y troyanos, airado en tu co-

razón por la muerte del amigo. Y cogiendo una piedra, hirió en el cuello a Estenelao, hijo querido de Itémenes, y le rompió los tendones. Retrocedieron los combatientes delanteros y el esclarecido Héctor. Cuanto espacio recorre el dardo que lanza un hombre, ya en el juego para ejercitarse, ya en la guerra contra los enemigos que la vida quitan; otro tanto se retiraron los teucros, cediendo al empuje de los aqueos. Glauco, capitán de los escudados licios, fue el primero que volvió la cara y mató al magnánimo Baticles, hijo amado de Calcón, que tenía su casa en la Hélade y se señalaba entre los mirmidones por sus bienes y sus riquezas: escapábase Glauco, y Baticles iba a darle alcance, cuando aquél se volvió repentinamente y le hundió la pica en medio del pecho. Baticles cayó con estrépito, los aqueos sintieron hondo pesar por la muerte del valiente guerrero, y los teucros, muy alegres, rodearon en tropel el cadáver; pero los aqueos no dejaron de mostrar su impetuoso valor y arremetieron denodadamente al enemigo. Entonces Meriones mató a un combatiente teucro, a Laógono, esforzado hijo de Onétor y sacerdote de Júpiter Ideo, a quien el pueblo veneraba como a un dios: hirióle debajo de la quijada y de la oreja, la vida huyó de los miembros del guerrero y la obscuridad horrible le envolvió. Eneas arrojó la bronci-

nea lanza, con el propósito de herir a Meriones, que se adelantaba protegido por el escudo. Pero Meriones la vio venir y evitó el golpe inclinándose hacia adelante: la ingente lanza se clavó en el suelo detrás de él y el regatón temblaba; pero pronto la impetuosa arma perdió su fuerza. Pene- tró, pues, la vibrante punta en la tierra, y la lanza fue echada en vano por el robusto brazo. -- Eneas, con el corazón irritado, dijo:

"¡Meriones! Aunque eres un ágil saltador, mi lanza te habría apartado para siempre del combate si te hubiese herido."

Respondióle Meriones, célebre por su lanza: "¡Eneas! Difícil te será, aunque seas valiente, -- aniquilar la fuerza de cuantos salgan a pelear -- contigo. También tú eres mortal. Si lograra herirte en medio del cuerpo con el agudo bronce, enseguida, a pesar de tu vigor y de la confianza que tienes en tu brazo, me darías gloria, y a Plutón, -- el de los famosos corceles, el alma."

Así dijo; y el valeroso hijo de Menetio le -- reprendió, diciendo: "¡Meriones! ¿Por qué, siendo valiente, te entretienes en hablar así? ¡Oh amigo! Con palabras injuriosas no lograremos que los -- teucros dejen el cadáver; preciso será que alguno de ellos baje antes al seno de la tierra. Las batallas se ganan con los puños y las palabras sir-

ven en las juntas. Conviene, pues, no hablar, sino combatir."

Dijo, echó a andar y siguióle Meriones, varón igual a un dios. Bien así como el estruendo que se produce en la espesura de un monte y se deja oír a lo lejos, cuando los hombres hacen leña; tal era el estrépito que se elevaba de la tierra espaciosa al ser golpeados el bronce, el cuero y los escudos de pieles de buey por las espadas y las lanzas de doble filo. Y ya ni un hombre perspicaz hubiera conocido al divino Sarpedón, pues los dardos, la sangre y el polvo lo cubrían desde los pies a la cabeza. Agitábanse todos alrededor del cadáver como -- en la primavera zumban las moscas en el establo -- por cima de las escudillas, cuando los tarros rebo- san de leche: de igual manera bullían aquéllos en torno al muerto. Júpiter no apartaba los refulgentes ojos de la dura contienda; y contemplando a -- los guerreros, revolvía en su ánimo muchas cosas -- acerca de la muerte de Patroclo: vacilaba entre si el esclarecido Héctor debería matar con el bronce a Patroclo sobre Sarpedón, igual a un dios, y quitarle la armadura de los hombros, o convendría extender la terrible pelea. Y considerando como lo -- más conveniente que el bravo escudero de Aquiles -- Pelida hiciera arredrar a los teucros y a Héctor, armado de bronce, hacia la ciudad y quitara la vi-

da a muchos guerreros, comenzó por infundir timidez en Héctor, el cual subió al carro, se puso en fuga y exhortó a los demás teucros a que huyeran, porque había conocido hacia qué lado se inclinaba la balanza sagrada de Júpiter. Tampoco los fuertes licios osaron resistir, y huyeron todos al ver a su rey herido en el corazón y echado en un montón de cadáveres; pues cayeron muchos hombres a su alrededor cuando el Saturnio avivó el duro combate. Los aqueos quitáronle a Sarpedón la reluciente armadura de bronce y el esforzado hijo de Menetio la entregó a sus compañeros para que la llevaran a las cóncavas naves. Y entonces Júpiter, que amontona las nubes, dijo a Apolo:

"¡Ea, querido Febo! Ve y después de sacar a Sarpedón de entre los dardos, límpiale la negra sangre; condúcele a un sitio lejano y lávale en la corriente de un río; úngele con ambrosía, ponle vestiduras divinas y entrégalo a los veloces conductores y hermanos gemelos: el Sueño y la Muerte. Y éstos, transportándolo con presteza, lo dejarán en el rico pueblo de la vasta Licia. Allí sus hermanos y amigos le harán exequias y le erigirán un túmulo y un cipo, que tales son los honores debidos a los muertos."

Así dijo, y Apolo no desobedeció a su padre. Descendió de los montes ideos a la terrible bata-

lla, y en seguida, leyantó al divino Sarpedón de entre los dardos, y conduciéndole a un sitio lejano, lo lavó en la corriente de un río; ungiólo con ambrosía, púsole vestiduras divinas y entrególo a los veloces conductores y hermanos gemelos: el Sueño y la Muerte. Y éstos, transportándolo con presteza, lo dejaron en el rico pueblo de la vasta Licia.

Patroclo animaba a los corceles y a Automedonte y perseguía a los troyanos y licios, y con ello se atrajo un gran infortunio. ¡Insensato! Si se hubiese atendido a la orden del Pelida, se hubiera visto libre de la funesta Parca, de la negra muerte. Pero siempre el pensamiento de Júpiter es más eficaz que el de los hombres (aquel dios pone en fuga al varón esforzado y le quita fácilmente la victoria, aunque él mismo le haya incitado a combatir), y entonces alentó el ánimo en el pecho de Patroclo.

¿Cuál fue el primero y cuál el último que mataste, oh Patroclo, cuando los dioses te llamaron a la muerte?

Fueron primeramente Adrastó, Antónoo, Equeclo, Périmo Mégada, Epístor y Melanipo; y después, Elaso, Mulio y Pilartes. Mató a éstos, y los demás se dieron a la fuga.

Entonces los aqueos habrían tomado a Troya, la de altas puertas, por las manos de Patroclo, que manejaba con gran furia la lanza, si Febo Apolo no se hubiese colocado en la bien construida torre para dañar a aquél y ayudar a los teucros. Tres veces encaminóse Patroclo a un ángulo de la elevada muralla; tres veces rechazóle Apolo, agitando con sus manos inmortales el refulgente escudo. Y cuando, semejante a un dios, atacaba por cuarta vez, increpóle la deidad con aterradoras voces:

"¡Retírate, Patroclo de jovial linaje! El hado no ha dispuesto que la ciudad de los altivos troyanos sea destruida por tu lanza, ni por Aquiles, que tanto te aventaja."

Así dijo, y Patroclo retrocedió un gran trecho, para no atraerse la cólera del flechador Apolo.

Héctor se hallaba con el carro y los corceles en las puertas Esceas, y estaba indeciso entre guiarlos de nuevo hacia la turba y volver a combatir, o mandar a voces que las tropas se refugiasen en el muro. Mientras reflexionaba sobre esto, presentósele Febo Apolo, que tomó la figura del valiente joven Asio, el cual era tío materno de Héctor, domador de caballos, hermano carnal de Hécuba e hijo de Dimante, y habitaba en la Frigia, junto-

a la corriente del Sangario. Así transfigurado, exclamó Apolo, hijo de Júpiter:

"¡Héctor! ¿Por qué te abstienes de combatir? No debes hacerlo. Ojalá te superara tanto en bravura, cuanto te soy inferior: entonces te sería funesto el retirarte de la batalla. Mas, engaña los corceles de duros cascos hacia Patroclo, por si puedes matarlo y Apolo te da gloria."

El dios, cuando esto hubo dicho, volvió a la batalla. El esclarecido Héctor mandó a Cebrión que picara a los corceles y los dirigiese a la pelea; y Apolo, entrándose por la turba, suscitó entre los dánaos funesto tumulto y dio gloria a Héctor y a los teucros. Héctor dejó entonces a los demás dánaos, sin que intentara matarlos, y enderezó a Patroclo los caballos de duros cascos. Patroclo, a su vez, saltó del carro a tierra con la lanza en la izquierda; cogió con la diestra una piedra blanca y erizada de puntas que le llenaba la mano; y estribando en el suelo, la arrojó, hiriendo en seguida a un combatiente, pues el tiro no resultó vano: dio la pedrada en la frente de Cebrión, auriga de Héctor, que era hijo bastardo del ilustre Príamo y entonces gobernaba las riendas de los caballos. La piedra se llevó ambas cejas; el hueso tampoco resistió; los ojos cayeron en el polvo a los pies de Cebrión; y éste,

cual si fuera un búzo, cayó del asiento bien construido, porque la vida huyó de sus miembros. Y bur-lándote de él, oh caballero Patroclo, exclamaste:

"¡Oh dioses! ¡Muy ágil es el teucro! ¡Cuán fácilmente salta a lo buzo! Si se hallara en el --  
ponto, en peces abundante, ese hombre saltaría de-  
la nave aunque el mar estuviera tempestuoso y po-  
dría saciar a muchas personas con las ostras que -  
pescara. ¡Con tanta facilidad ha dado la voltereta  
del carro a la llanura! Es indudable que también -  
los troyanos tienen buzos."

Dijo, y corrió hacia el héroe con la impe-  
tuosidad de un león que devasta los establos hasta  
que es herido en el pecho y su mismo valor le mata;  
de la misma manera, oh Patroclo, te arrojaste enar-  
decido sobre Cebrión. Héctor, por su parte, saltó-  
del carro al suelo sin dejar las armas. Y entram-  
bos luchaban en torno de Cebrión como dos hambrien-  
tos leones que en el monte pelean furiosos por el  
cadáver de una cierva; así los dos aguerridos cam-  
peones, Patroclo Menetíada y el esclarecido Héctor,  
deseaban herirse el uno al otro con el cruel bron-  
ce. Héctor había cogido al muerto por la cabeza y no  
lo soltaba; Patroclo lo asía de un pie, y los de-  
más teucros y dánaos sostenían encarnizado combate.

Como el Euro y el Noto contienden en la es-  
pesura de un monte, agitando la poblada selva, y --

las largas ramas de los fresnos, encinas y corte-  
zudos cornejos chocan entre sí con inmenso estré-  
pito, y se oyen los crujidos de las que se rom-  
pen; de semejante modo teucros y aqueos se mata-  
ban, sin acordarse de la perniciosa fuga. Alrede-  
dor de Cebrión se clavaron en tierra muchas agu-  
das lanzas y aladas flechas que saltaban de los  
arcos; buen número de grandes piedras herían los  
escudos de los combatientes; y el héroe yacía en  
el suelo sobre un gran espacio, envuelto en un  
torbellino de polvo y olvidado del arte de guiar  
los carros.

Hasta que el sol hubo recorrido la mitad  
del cielo, los tiros alcanzaban por igual a unos  
y a otros, y los hombres caían. Cuando aquél se-  
encaminó al ocaso, los aqueos eran vencedores, -  
contra lo dispuesto por el destino; y habiendo -  
arrastrado el cadáver del héroe Cebrión fuera -  
del alcance de los dardos y del tumulto de los -  
teucros, le quitaron la armadura de los hombros.

Patroclo acometió furioso a los teucros:  
tres veces los atacó, cual otro Marte, dando ho-  
rribles voces; tres veces mató nueve hombres. Y-  
cuando, semejante a un dios, arremetiste, oh Pa-  
troclo, por cuarta vez, vióse claramente que ya  
llegabas al término de tu vida, pues el terrible  
Febo salió a tu encuentro en el duro combate. -

Mas Patroclo no vio al dios; el cual, cubierto por densa nube, atravesó la turba, se le puso detrás, y alargando la mano, le dio un golpe en la espalda y en los anchos hombros. Al punto los ojos del héroe sufrieron vértigos. Febo Apolo le quitó de la cabeza el casco con agujeros a guisa de ojos, que rodó con estrépito hasta los pies de los caballos; y el penacho se manchó de sangre y polvo. Jamás aquel casco, adornado con crines de caballo, se había manchado cayendo en el polvo, pues protegía la cabeza y hermosa frente del divino Aquiles. Entonces Júpiter permitió también que lo llevara Héctor, porque ya la muerte se iba acercando a este caudillo. A Patroclo se le rompió en la mano la pica larga, ponderosa, grande, fornida, armada de bronce; el ancho escudo y su correa cayeron al suelo, y Apolo desató la coraza que aquél llevaba. El estupor se apoderó del espíritu del héroe, y sus hermosos miembros perdieron la fuerza. Patroclo se detuvo atónito, y entonces clavóle aguda lanza en la espalda, entre los hombros, el dárdano Euforbo Pantoída; el cual aventajaba a todos los de su edad en el manejo de la pica, en el arte de guiar un carro y en la veloz carrera, y la primera vez que se presentó con su carro para aprender a combatir, derribó a veinte guerreros de sus carros res-

pectivos. Este fué, oh caballero Patroclo, el primero que contra ti despidió su lanza, pero aún no te hizo sucumbir. Euforbo arrancó la lanza de fresno; y retrocediendo, se mezcló en la turba, sin esperar a Patroclo; aunque le viera desarmado; mientras éste, vencido por el golpe del dios y la lanzada, retrocedía al grupo de sus compañeros para evitar la muerte.

Cuando Héctor advirtió que el magnánimo Patroclo se alejaba y que lo habían herido con el agudo bronce, fue en su seguimiento, por entre las filas, y le envasó la lanza en la parte inferior del vientre, que el hierro pasó de parte a parte; y el héroe cayó con estrépito, causando gran aflicción al ejército aqueo. Como el león acosa en la lucha al indómito jabalí cuando ambos pelean arrogantes en la cima de un monte por un escaso manantial donde quieren beber, y el león vence con su fuerza al jabalí, que respira anhelante; así Héctor Priámida privó de la vida, hirién-dole con la lanza, al esforzado hijo de Menetío, que a tantos había dado muerte. Y blasonando del triunfo, profirió estas aladas palabras:

"¡Patroclo! Sin duda esperabas destruir nuestra ciudad, hacer cautivas a las mujeres troyanas y llevártelas en los bajeles a tu patria. ¡Insensato! Los veloces caballos de Héctor vuelan al --

combate para defenderlas; y yo, que en manejar la pica sobresalgo entre los belicótos teucros, -- aparto de los míos el día de la servidumbre; mientras que a ti te comerán los buitres. ¡Ah infeliz! Ni Aquiles, con ser valiente, te ha socorrido. -- Cuando saliste de las naves, donde él se ha quedado, debió de hacerte muchas recomendaciones, y -- hablarte de este modo: No vuelvas a las cóncavasnaves, caballero Patroclo, antes de haber roto la coraza que envuelve el pecho de Héctor, teñida en sangre. Así te dijo, sin duda; y tú, oh necio, te dejaste persuadir."

Con lánguida voz le respondiste, caballero Patroclo: "¡Héctor! Jáctate ahora con altaneras palabras, ya que te han dado la victoria Jove Saturnio y Apolo; los cuales me vencieron fácilmente, quitándome la armadura de los hombros. Si -- veinte guerreros como tú me hubiesen hecho frente, todos habrían muerto vencidos por mi lanza. Matóme el hado funesto valiéndose de Latona y de Euforbo entre los hombres; y tú llegas el tercero, para despojarme de las armas. Otra cosa voy a decirte, que fijarás en la memoria. Tampoco tú has de vivir largo tiempo, pues la muerte y el hado cruel se te acercan, y sucumbirás a manos del exímio Aquiles, descendiente de Eaco."

Apenas acabó de hablar, la muerte le cubrió-

con su manto: el alma voló de los miembros y descendió al Orco, llorando su suerte porque dejaba su cuerpo vigoroso y joven. Y el esclarecido Héctor le dijo, aunque ya muerto le viera:

"¡Patroclo! ¿Por qué me profetizas una muerte terrible? ¿Quién sabe si Aquiles, hijo de Tetis, la de hermosa cabellera, no perderá antes la vida, herido por mi lanza?"

Dichas estas palabras, puso un pie sobre el cadáver, arrancó la broncea lanza, y lo tumbó de espaldas. Inmediatamente dirigióse, lanza en mano, hacia Automedonte, el deiforme servidor del Eácida, de pies ligeros; pero los veloces caballos inmortales que a Peleo dieran los dioses -- como espléndido presente, lo sacaban ya de la batalla.